

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Aunque algunos personajes y circunstancias que en él aparecen se basan en personas y hechos históricos reales, cualquier referencia a personas, acontecimientos, instituciones, organizaciones o lugares reales está al servicio de la ficción y solo pretende aportar una sensación de autenticidad. El resto de los personajes y todos los acontecimientos y diálogos son obra de la imaginación de la autora y no deben interpretarse como reales.

Título original: *The War Orphan*

© 2024, Anna Stuart. Publicado por primera vez por Storyfire Ltd, bajo la marca Bookouture.

© 2025, de la traducción por Begoña Prat Rojo

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-05-5

Código IBIC: FA

DL: B 16.340-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Grafime S. L.

Impreso en enero de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Anna Stuart

La huérfana de Auschwitz

Traducción de Begoña Prat Rojo



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

*Para la Natasha real, mi apasionada,
perspicaz y extraordinaria editora.
Y también mi querida amiga.*

PRÓLOGO

Auschwitz
ENERO DE 1945

Nieva en Auschwitz. Los copos revolotean bajo la luz de los focos, brillan en la alambrada de púas y se acumulan sobre las orejas de los perros guardianes. Al caer, forman una gruesa capa que cubre el barro, los cadáveres y las ruinas de los hornos crematorios. Ahogan los lamentos de los moribundos y los gritos de pánico de los guardias. Pero nada pueden hacer para suavizar los últimos coletazos de violencia nazi.

—*Raus! Raus!*

Tasha Ancel, que duerme acurrucada contra el cuerpo de su madre, se despierta con un sobresalto y contempla la tenue luz que se cuela por la puerta abierta del barracón. Un brillo artificial parecido al de las estrellas se refleja en la nieve y alumbra a los prisioneros apiñados bajo las míseras mantas. Ilumina también a la Kapo que va de litera en litera, golpeando los postes con la porra como si hubiera amanecido.

—¡Arriba! Levantaos, vagas, *hündin*. ¡Es hora de dar un paseo! En el exterior, un pastor alemán ladra febrilmente.

—¿Paseo? —La madre de Tasha la aferra, con la mirada alerta en medio de la penumbra—. Coge mantas, Tash; todas las que puedas.

Lydia Ancel agarra su mísero cobertor y se hace con otro, abandonado por una mujer que se ha apresurado a seguir las órdenes de la Kapo con los ojos llorosos.

—¿Adónde vamos? —pregunta Tasha con voz ahogada.

—Afuera, a alguna parte. Los Aliados deben de estar cerca. —Lydia se para un momento en medio del barullo de cuerpos y coge a Tasha por los hombros—. ¡Los Aliados están cerca!

Le estampa un beso, y le da tiempo a dar un par de pasos de una giga antes de que la Kapo le aseste un golpe con la porra, que le da en un costado.

Lydia se ríe en la cara de la mujer.

—Estás a punto de perder tu miserable poder —le dice, mientras sacude el pelo que poco a poco ha vuelto a crecerle.

Los nazis dejaron de raparlas en noviembre, más o menos al mismo tiempo que empezaban a demoler los hornos crematorios. Ver cómo el pelo rojizo de su madre crece de nuevo ha sido una de las mayores alegrías de Tasha; y ver el de Tasha, una de las mayores alegrías de Lydia.

—¿Ves? —dice cada noche, mientras acaricia el obstinado pelo—. No han podido con nosotras. Después de cada golpe, nos hemos levantado; después de cada herida, nos hemos curado; y cada muestra de su odio la hemos combatido con nuestro amor mutuo.

Y ahora... ahora los Aliados se acercan y, por lo que parece, ellas se marchan. Mientras Tasha y Lydia se dirigen a la puerta arrastrando los pies, con las mantas ceñidas al cuerpo, ven una fila tras otra de prisioneras encorvadas bajo los copos de nieve, que caen silenciosos. El escaso aliento de sus cansados pulmones crea una neblina anaranjada que flota sobre ellas. Tasha apoya una mano en la pared del barracón. La dura y perversa habitación parece de pronto un santuario.

—Ahí fuera hace mucho frío.

—Ahí fuera está la libertad —susurra Lydia, que señala hacia las austeras verjas que se yerguen en la distancia—. Una vez que las crucemos, quién sabe qué puede pasar. Solo tenemos que agachar la cabeza y mantenernos unidas hasta que...

—Tú, ¡vuelve dentro! —Un guardia de las SS, enfundado en un grueso abrigo, se planta delante de Tasha—. Los niños no pueden sumarse a la marcha.

—No soy una niña —dice ella, aterrorizada.

Tiene dieciséis años y ha trabajado como una adulta para estos perversos amos. ¿Cómo pueden ahora decidir que es una niña?

Se llevan a Lydia hacia la puerta y la alejan de ella en medio de una marea de cuerpos humanos.

—Tengo dieciséis años —protesta Tasha, tratando desesperadamente de abrirse paso.

—¡Ja! —exclama el guardia, y la empuja con tanta fuerza que le hace caer al suelo.

Otra chica la ayuda a levantarse.

—Aquí se está más calentito —dice.

Y aunque eso es justo lo que pensaba ella hace un instante, ya no tiene la misma sensación, porque Lydia está fuera y, para Tasha, su madre es su fuente de calor. Así es como han sobrevivido a este lugar infernal: juntas.

—¡Mama! —grita.

—¡Tasha! —Lydia lucha por abrirse camino hacia ella—. Es una adulta —chilla—. Tiene dieciséis años.

—Nada de niños —repite el hombre de las SS.

—Pero...

—Y nada de peros, judía. Te lo puedes ahorrar.

Golpea a Lydia en la cabeza con la culata de su arma y se ríe a carcajadas de su propia broma mientras ella trastabilla.

—Mama.

Él se vuelve hacia Tasha, otra vez con el arma en alto, y Lydia lo agarra del brazo.

—¡No le haga daño!

La mirada del hombre se endurece, su risa se extingue y poco a poco, de manera deliberada, le da la vuelta a su pistola para que la pequeña y sombría boca del cañón apunte directamente a Lydia.

—¡No! —chilla Tasha.

En ese preciso instante, un oficial se acerca metiéndoles prisa y el guardia se conforma con empujar a Lydia hacia la fila de aterrorizadas prisioneras.

—Hasta la última gota de mi amor es para ti, Natasha —grita Lydia sin abandonar su actitud desafiante.

Es lo que le ha dicho cada día, durante los oscuros y fríos meses transcurridos desde que perdieron a su hermana pequeña. Hasta

la última gota de su amor: eso ha bastado para mantenerlas a las dos y, aunque sus palabras se pierden entre los gritos de angustia de las prisioneras, Tasha las escucha altas y claras.

—Hasta la última gota del mío es para ti, Mama.

Lydia sonrío.

—Nos veremos pronto —grita al tiempo que la empujan para que se incorpore a la fila—. Sé fuerte, Tasha, y volveremos a encontrarnos. Nos encontraremos en...

Pero sus palabras quedan ahogadas por la nieve, los ladridos de los perros y las filas de prisioneras que se forman con rapidez tras ella, hasta que Tasha la pierde de vista. Vuelve a intentar alcanzar la puerta, pero otras niñas están entrando a empujones y se enfrenta a una marea insalvable. La Kapo levanta la porra para golpearla de nuevo y Tasha se encoge de manera instintiva, pero un brazo grande se extiende y recibe el golpe por ella. Sorprendida, Tasha alza la vista y se encuentra con los ojos marrón oscuro de un chico de su edad. Desde que la trajeron a Auschwitz en octubre no ha estado cerca de un chico, y este es alto y ancho de hombros.

—Georg Lieberman —se presenta él, como si se estuvieran conociendo en una situación normal.

Ella no puede hacer otra cosa que mirarlo.

—¿Tú también eres un niño? —pregunta con incredulidad.

—Es lo que les he dicho —contesta él—. Mejor aquí dentro que ahí fuera.

Señala con la cabeza la puerta y la amarga noche que se extiende más allá.

—No es verdad —gime Tasha—. No para mí.

Intenta una vez más alcanzar la puerta, pero, cuando está a punto de llegar, la cierran de un portazo. Tasha oye el sonido de una gruesa tabla de madera al encajar en sus topes y, aunque golpea con fuerza, lo único que consigue es que le sangren los nudillos. Mira a su alrededor, frenética, y trepa al tercer piso de literas desnudas, donde un rayo de luz se cuela a través de una fina rendija. Las prisioneras que duermen ahí arriba siempre se quejan cuando llueve o sopla el viento, pero Tasha aprieta el ros-

tro sobre el pequeño hueco y recibe los aguijonazos de la nieve mientras trata de ver algo.

Escucha el chirrido metálico de las verjas de Auschwitz-Birkenau al abrirse para permitir la salida de los primeros prisioneros, que avanzan arrastrando los pies. Todos han soñado con cruzar esas puertas, pero no de esta manera, no en una marcha hacia el infierno. Un disparo atraviesa el aire cuando un desdichado no es capaz de seguir caminando y acaba despachado como si fuera una hormiga a un lado del camino.

—¡Mama! —la llama Tasha, desesperada.

Y entonces la ve: una mata de pelo cobrizo con copos de nieve prendidos, pero que no por ello ha perdido su fiereza bajo el brillo de los focos. Su madre mira a su alrededor y busca frenéticamente con sus ojos azul verdoso, hasta que el ritmo de la marcha acelera y se ve obligada a darse la vuelta. Se cubre la cabeza con la manta y, de pronto, ya no está; ha desaparecido.

—Mama —gimotea Tasha.

Araña con las uñas la tabla de madera de la ventana y las lágrimas se le congelan en las mejillas. La han dejado sola, para que se suma en el helado olvido junto con lo que queda de Auschwitz-Birkenau.

PRIMERA PARTE LIBERACIÓN

UNO

Theresienstadt
8 DE MAYO DE 1945

TASHA

—¿Ha visto a esta mujer?

Tasha se pegó al áspero muro de una desvencijada casa de la ciudad mientras un hombre enjuto agitaba una fotografía ante su cara. La imagen era pequeña y oscura, con los bordes desgastados y arrugada de tanto contemplarla, pero los enormes ojos de la mujer miraban fijamente a Tasha.

—Por favor, ¿ha visto a mi esposa?

Se obligó a cogerla. Los supervivientes tenían que apoyarse, aunque solo fuera para recordarse que habían escapado realmente del infierno. Tasha llevaba cerca de un mes allí, en Theresienstadt, una extraña ciudad-gueto transformada en campo de refugiados, pero una parte de ella todavía seguía atrapada en Auschwitz y, cuando le costaba conciliar el sueño por las noches, reproducía mentalmente una y otra vez sus últimos días allí.

Tras pasar dos días desesperados y encerrados en el barracón, una valiente comadrona llamada Ana y su amiga Ester, una bondadosa enfermera, habían dejado salir a Tasha y a los demás «niños». La pequeña banda había recorrido las ruinas del campo en busca de comida y combustible para mantenerse con vida hasta el mágico día en que los soviéticos habían cruzado las puertas y los habían liberado. Después de «recuperarse» en el campo principal de Auschwitz, los habían traído a esta peculiar población checa en cuanto la nieve y el hielo del peor invierno de la vida de Tasha dieron paso al calor de la primavera. Todavía no se podía creer que siguiera con vida.

Aunque ahora estaba sola.

Miró la foto, igual que había hecho con cientos de imágenes parecidas desde su llegada. Todo el mundo buscaba a alguien y allí, en aquella ciudad de tránsito llena de personas perdidas, las fotografías eran la principal moneda de cambio. Observó a la joven en busca de algo que pudiera reconocer, pero la foto era de antes de la guerra, cuando la gente tenía un peso normal y buen aspecto, no el de niños esqueléticos al que se habían visto reducidos.

—Lo siento, pero no la reconozco.

El hombre le arrancó la foto de las manos y se la colocó sobre el corazón. Era lo único que le quedaba de su esposa, y quizá lo único que le quedaría. Cada día aparecían nuevas noticias sobre el alcance de la matanza de los nazis y, cada día, las posibilidades de que tu familia hubiera sobrevivido eran más escasas. Y, aun así, cada día, pese a los cuatro meses transcurridos desde la liberación de los primeros campos, nuevos refugiados llegaban en masa a Theresienstadt. Si algunas personas habían sobrevivido, ¿por qué no iban a ser sus parientes?

¿Por qué no los de Tasha?

Observó al hombre, que se alejó cojeando y se abalanzó sobre otra mujer en la angosta calle. Vio cómo ella cogía la foto, la estudiaba y meneaba la cabeza con tristeza. A continuación, fue la mujer la que sacó su propia foto y la pantomima se repitió a la inversa. Sí, todo el mundo tenía a alguien a quien deseaba encontrar.

Instintivamente, Tasha metió la mano en la bolsa de cuero que llevaba cruzada sobre el pecho. La había encontrado entre los cascotes de Kanada, los enormes almacenes de Auschwitz donde los nazis clasificaban los montones de artículos que les habían robado a los judíos. Los guardias habían tratado de reducirlos a cenizas antes de huir, pero la nieve había apagado las llamas y, en los días posteriores a la liberación, los supervivientes habían podido rebuscar entre lo que quedaba.

Aunque otros habían tratado de encontrar oro o joyas, para Tasha aquella bolsa era el verdadero tesoro, pues gracias a ella podía mantener a salvo la posesión a la que se había aferrado durante

los cuatro espantosos meses en el campo: un mechón de pelo de su madre, rojo como el suyo. No era tan preciso como una foto, pero, como no había muchas judías pelirrojas, tal vez le resultara más útil que todas aquellas imágenes borrosas de familiares desaparecidos que la gente compartía. Además, era lo único que le quedaba de Lydia.

Hasta que la encontrara.

Mientras acariciaba el mechón, Tasha recordó el terrible día de octubre de 1944 en que había guardado aquel pírrico tesoro. Acababan de llegar a Auschwitz y aún no se habían recuperado de la impresión de ver cómo mataban a Tata de un disparo delante de ellas, en las ruinas de la bombardeada Varsovia. El viaje de varios días en el vagón de ganado, sin agua y a oscuras, las había dejado desorientadas. Habían acabado en la larga cola que serpenteaba alrededor de un barracón inhóspito y vacío, y estaban tan desesperadas por proteger a su hermana pequeña que su única preocupación cuando las desnudaron fue que eso delatara la edad de Amelia, que solo tenía doce años. Sin embargo, nadie había prestado mucha atención a su cuerpo; lo único que querían de ellas eran sus brazos, en los que habían grabado números anónimos. Y luego habían llegado las toscas tijeras.

Tasha se aferró a la pared que tenía a su espalda al tiempo que el recuerdo la anegaba una vez más. No sabía por qué, de entre todos los horrores de Auschwitz, aquel era el que se le había clavado más hondo en el corazón. No sabía por qué, con la cantidad de enfermedad y miseria que había presenciado después, lo que más la afligía era el momento en el que a su madre le habían esquilado el pelo. Sin embargo, eso no era lo más lúgubre que había experimentado; aquel dudoso honor le correspondía al día en que la dulce Amelia, desgastada por el duro trabajo y agotada por el tifus, había pasado a mejor vida con una sonrisa triste en el rostro. Aunque la verdad era que, después de semanas de sufrimiento, en cierta manera había sido un alivio. Tasha y su madre se habían arrodillado y habían dado las gracias a Dios por haber acogido al fin en su seno a la pobre niña. El dolor por la

pérdida de su hermana había desgarrado el corazón de Tasha, pero no podía compararse con el impacto de ver aquellas tijeras al llegar al campo.

El recuerdo de aquellas hojas oxidadas deslizándose sobre el cuero cabelludo de Lydia, y de su hermosa cabellera pelirroja cayendo sobre el suelo sucio, encarnaba para Tasha toda la crueldad de aquel lugar infernal. Ahora, apoyada en la pared, acarició el mechón de pelo. Aquel era el pelo que le había rozado la cara cuando, de niña, su madre le daba el beso de buenas noches. Aquel era el pelo que había relucido bajo el sol en los pícnicos a la orilla del lago, y que se agitaba bajo el viento invernal mientras se perseguían por el parque Łazienki. Aquel era el pelo que Tasha había cepillado delante de la chimenea de su hogar en Varsovia, hipnotizada por la manera en que la luz de las llamas se reflejaba en el fuego de los mechones de su madre. Para los nazis, nada de aquello había tenido importancia. Con unos breves y rigurosos tijeretazos, habían convertido a su madre, una mujer hermosa y única, en una réplica calva del resto de desdichadas que habitaban el campo. Para Tasha, había sido devastador.

A Amelia también la habían rapado, pero quizá para entonces Tasha había superado ya la impresión, y, cuando le tocó el turno a ella misma, lo interpretó como un acto de solidaridad. Ahora, por fin, el pelo le había vuelto a crecer y ya no se limitaba a ridículos penachos flamígeros. Lo mismo debía de haberle pasado al de su madre, y por eso allí adonde iba escrutaba la multitud en busca de aquel rayo de esperanza. Hasta el momento su búsqueda había resultado infructuosa, pero no pensaba rendirse. La Cruz Roja decía que había miles de personas en campos por toda Europa, después de que los nazis hubieran dispersado a sus prisioneros con una insultante crueldad. Pasarían meses —tal vez años— antes de que todo el mundo regresara al lugar donde se suponía que debía estar, así que Tasha buscaba cada día con el mismo ahínco que los demás. Todos habían salido con vida de la matanza, pero, hasta que no encontraban a alguien a quien le importara, era difícil darle la importancia que correspondía.

—¿Tasha?!

La voz, chillona y apurada, llegó desde la siguiente calle, y Tasha se escondió bajo una arcada mientras el par de niñas que la buscaba pasaba a la carrera. No tenía fuerzas para jugar con ellas en aquel momento, y maldijo la mala suerte que la había condenado, una vez más, al barracón de los niños. Sí, le gustaba jugar con los pequeños y quería ayudar. Sabía que si Amelia hubiera sobrevivido en lugar de ella, le habría gustado que alguien cuidara de su hermana pequeña, así que hacía todo lo que podía, pero era agotador. A veces, los niños no entendían que lo que Tasha quería era tener una madre, no ejercer como tal.

Georg, el compañero con el que había sobrevivido en el campo, había conseguido hacerse con un sitio en una casa para hombres, aunque eso no era de extrañar. Desde el momento que había alargado el brazo para protegerla de la Kapo aquel oscuro día de nieve en Auschwitz, el chico no había aportado más que brío y positividad a su vida.

—Nos rescatarán —le había asegurado mientras permanecían tumbados uno junto al otro en el barracón, atrapados durante dos días llenos de frío y hambre, perdiendo fuerzas rápidamente.

Y cuando aquel primer golpe bendito había llegado a la puerta, él se había levantado enseguida y había encontrado reservas de fuerza para ayudar a las enfermeras, cosa que también le había dado fuerza a Tasha. Era Georg quien se había peleado para acceder a Kanada y conseguirles ropa cálida y combustible, y era Georg quien había abierto los candados de las cajas de comida que Tasha había encontrado en un vagón de tren abandonado. Era Georg quien la había ayudado a seguir adelante en aquellos días oscuros, y quien encontraba los pequeños extras que hacían que la vida como refugiado fuera soportable.

Con su encanto, aquel chico era capaz de ganarse el favor de cualquier persona con influencia. No estaba solo en una casa para adultos, sino que además esa casa se encontraba en Mecklenburg, la elegante zona de Theresienstadt donde los nazis habían ubicado a los «judíos privilegiados». La compartía con un pianista de la

Filarmónica de Viena, un profesor de filosofía de la Universidad de Berlín y un conocido artista checo, así que vivía rodeado de cultura. Por si fuera poco, tenía su propio cuartito, un baño compartido con solo diez hombres y un grifo con agua corriente. A Tasha le daba mucha envidia.

—¿Cómo lo has conseguido? —le había preguntado la primera vez que él la llevó a ver su alojamiento.

—He dicho que tenía diecinueve años. Y que mi padre era el jefe de la policía en Cracovia.

—¿Y lo era?

—Claro que no. Conocía el interior de varias comisarías, ¡pero no desde ese lado del mostrador! Aunque, claro, ¿cómo iban a saberlo ellos? No tengo documentación, así que puedo ser quien quiera.

Tasha había meneado la cabeza: le parecía increíble que Georg pudiera sacar provecho hasta de su identidad robada. A ella, en cambio, nada le había gustado más que ser Tasha Ancel, hija de Lydia y Szymon, y hermana de Amelia. Una habitación propia, no obstante, habría sido agradable; en el cuarto de los niños había muy pocas posibilidades de descansar.

La mayoría de los niños habían pasado la guerra en Theresienstadt, al cuidado de mujeres que se habían compadecido de ellos después de que sus padres murieran o acabaran en los campos. Si habían sobrevivido, era únicamente gracias a su valor propagandístico para los alemanes, que habían realizado filmaciones de aquel árido lugar añadiendo flores, verduras y pan hechos de yeso, para ocultar las privaciones y convencer al mundo de que trataban bien a los judíos. Y habían tenido éxito..., hasta que los rusos habían obligado a la Wehrmacht a retroceder, y las puertas de Auschwitz, Bergen-Belsen y Buchenwald se habían abierto de par en par.

El señor Dunant, presidente de la Cruz Roja Internacional y administrador de Theresienstadt, les había puesto hacía poco una película de la BBC en la que contaba al mundo la verdad sobre Belsen, informando con su voz engolada tomada por la emoción

sobre los prisioneros famélicos, las crueles condiciones de vida y las fosas llenas de cadáveres. Varias personas se habían reído como locas ante el amargo humor de la evidente agitación del británico, pero lo único que había sentido Tasha era tristeza. Si alguien se hubiera tomado la molestia de ir a buscarlos antes, pensaba, se habrían podido ahorrar aquella pesadilla. Ella seguiría en su confortable hogar de Varsovia con su cariñosa familia y todo el futuro por delante, en lugar de enfrentarse a un presente que no era más que un enorme vacío en un desolado gueto de Checoslovaquia, con Tata fusilado en una Varsovia en ruinas, Amelia muerta en Auschwitz y Mama quién sabía dónde.

—¿Tasha?

Esta vez, la voz era afectuosa y grave, y le provocó un agradable escalofrío en la espalda.

—¡Georg! ¿Qué haces?

—Buscarte, guapa.

Tasha se puso roja sin poder evitarlo, hasta que se recordó a sí misma que Georg decía esa clase de cosas todo el tiempo. Al joven le resultaba fácil soltar piropos y era algo que hacía con todo el mundo. En realidad, no pensaba que ella fuera guapa; ¿cómo iba a pensarlo? Tasha era toda piel y huesos, con una extraña y protuberante capa de carne por encima gracias al queso y el chocolate que les había proporcionado la Cruz Roja suiza durante el último mes. El pelo le salía disparado de la cara demacrada como un arbusto en llamas, y tenía la piel gris y escamosa. Aun así, no pudo evitar sonreír a Georg mientras él se acercaba brincando. Su pelo moreno le había vuelto a crecer en densos rizos que Tasha deseaba enrollar entre sus dedos, y aunque tenía el cuerpo tan exangüe como el de ella, en sus ojos marrones había un fuego lleno de vida.

—Pues aquí estoy —dijo ella—. ¿Qué pasa?

—Alguien acaba de entrar por la verja.

—¿Y? Entra gente todo el tiempo.

—Sí, pero no montada a caballo.

Eso despertó la curiosidad de Tasha, que dejó que Georg la

llevara por la calle llena de baches hacia la gran plaza del centro de la ciudad-gueto.

—¿Qué clase de caballo?

—Uno blanco y majestuoso, como los de los cuentos.

—¿Con un príncipe encima?

—Mejor que un príncipe, tontaina: un mensajero muy apuesto con un elegante uniforme. Ha cabalgado hasta el ayuntamiento, ha bajado de un salto y ha entrado en el edificio con la cabeza bien alta.

Tasha se rio. Sin duda, Georg sabía contar historias.

—¿Y luego?

—Y luego no sé. Lleva una eternidad reunido con el señor Dунant y todo el mundo se está congregando en el exterior. Corre el rumor de que van a anunciar algo. Corre el rumor... —Se interrumpió, cogió la otra mano de Tasha y acercó tanto su cuerpo al suyo que ella, avergonzada, se quedó sin aliento y tuvo que esforzarse para llenar los pulmones de aire—. Corre el rumor de que la guerra ha terminado.

—¡No!

Él asintió con entusiasmo y ella lo miró a los ojos intentando dilucidar si se trataba de uno de sus habituales trucos, pero el joven estaba muy serio. Tasha suponía que la rendición alemana era de esperar, pero llevaban cuatro meses viviendo en el limbo y ya se había acostumbrado. Los habían instado a no abandonar Theresienstadt porque, más allá de sus muros, la lucha encarnizada seguía su curso, así que la idea de que el mundo entero pudiera ser un día lo bastante seguro para viajar le parecía imposible.

—Ha pasado mucho tiempo.

Él le apretó los dedos.

—Ya casi ha terminado, Tash, estoy seguro. Vamos con los demás para enterarnos.

Tiró de ella calle abajo hasta la plaza mayor, donde se habían reunido muchos de los veinte mil refugiados apretujados en la ciudad. Un zumbido de excitación recorría la multitud y, por una vez, nadie se peleaba, discutía ni buscaba a alguien. Un sinnúmero

de caras demacradas estaban vueltas hacia el balcón del segundo piso del ayuntamiento, y, cuando Tasha miró hacia arriba, vio cómo una cortina se movía antes de que se abriera una puerta.

—¡Ahí!

La palabra se propagó por la muchedumbre y cientos de dedos señalaron al señor Dunant, que había salido con una hoja de papel blanco en la mano.

—Ya está —dijo Georg, abrazando a Tasha con fuerza—. Es el armisticio. Tiene que serlo.

Tasha fijó la mirada en el papel, pero los años de mala alimentación habían dejado su vista tan diezmada que el hombre podría haber estado sujetando una paloma. Y, a todos los efectos, por lo visto así era.

—¡Señoras y señores! —La voz firme del señor Dunant atronó por toda la plaza, despertando un murmullo roto solo por el sonido de los pasos de la gente que se acercaba por las calles laterales—. Tengo en mis manos la notificación oficial de que el gran almirante Karl Dönitz, jefe del Estado alemán desde la muerte de Hitler la semana pasada... —Se interrumpió para permitir que una sombría ovación recorriera la multitud, y luego levantó la mano reclamando silencio de nuevo—. Que el gran almirante Karl Dönitz ha firmado el armisticio. Alemania se ha rendido y hoy, 8 de mayo de 1945, la guerra en Europa ha terminado.

Sonrió y miró a su alrededor, expectante, pero la masa de personas de la plaza se limitó a devolverle la mirada. Cerca de Tasha, alguien se echó a llorar mientras unos cuantos empezaban a hablar en susurros, hasta que poco a poco, primero con nervios, pero cada vez con más energía, un murmullo de emoción llenó los pechos huecos y los pulmones consumidos. Al final, los primeros vítores resonaron por las murallas de Theresienstadt al tiempo que el señor Dunant sonreía y agitaba el papel como si fuera una bandera.

—Sois libres, amigos míos; libres de la tiranía, libres de las ataduras, libres del miedo.

Tasha miró a su alrededor mientras las aclamaciones se multiplicaban. ¿Libres? Ni siquiera sabía lo que significaba.

—Os damos las gracias por vuestra paciencia y os aseguro personalmente que, aunque tardará un poco, la Cruz Roja trabajará sin descanso para que todos los que han perdido sus hogares, a sus familias y sus países por esta perversa guerra vuelvan por fin a casa.

—¡A casa!

La multitud recogió el grito, que rebotó entre ellos como una pelota al tiempo que la gente daba saltos, se abrazaba y lloraba. Tasha notó cómo los brazos de Georg la rodeaban y le gustó la sensación, pero los suyos estaban rígidos y su corazón, helado. Volver a casa le parecía maravilloso, pero ella, Tasha Ancel, no tenía ni casa ni familia, y no sabía dónde estaba su hogar o dónde podía esperar que se hallara en el futuro.

Se dio la vuelta para desprenderse del abrazo de Georg y dejar que bailara con los demás y a continuación se escabulló entre la muchedumbre buscando —siempre buscando— la refulgente melena pelirroja que le indicara, una vez más, el camino por el que seguir avanzando.

DOS

Guardería New Barn, Essex
8 DE MAYO DE 1945

ALICE

—«Ayer a las 2:41 de la madrugada, el gran almirante Dönitz, recién nombrado jefe del Estado alemán, firmó la rendición incondicional de todas las fuerzas terrestres, marítimas y aéreas alemanas en Europa ante la Fuerza Expedicionaria Aliada...».

Alice Goldberger se quedó mirando la radio mientras visualizaba el rubicundo rostro de Churchill pronunciando las asombrosas palabras. Se pasó los dedos por el pelo entrecano y dio un tirón para asegurarse de que estaba viva y escuchando aquello, aunque enseguida chasqueó la lengua ante su ridiculez. Todos sabían que el final se acercaba. Habían tomado Berlín y Hitler estaba muerto, así que la rendición incondicional era solo cuestión de tiempo. Aun así, era emocionante escuchar al primer ministro hablar de paz.

Alice miró a los niños de la guardería, sentados alrededor del viejo transistor con las piernas cruzadas, hipnotizados por la voz inalterable de Churchill, aunque sus palabras fueran un poco complicadas para sus jóvenes mentes. Un pequeño con las mejillas rechonchas cruzó la mirada con ella y le guiñó el ojo.

—Ha dicho que la guerra se ha acabado, ¿verdad, señorita?

Alice sonrió.

—Así es, Charlie.

—¿Eso quiere decir que mi papá volverá a casa?

—Sí. Puede que tarde un poco, pero volverá a casa sano y salvo.

Mientras lo decía, Alice cruzó los dedos detrás de la espalda, sorprendida por su atrevimiento. Allí en New Barn, una de las guarderías de guerra de Anna Freud, tenía por norma no mentir nunca a los niños ni prometerles cosas que no estaba segura

de poder cumplir. Esperaba que el padre de Charlie, soldado de infantería de la Fuerza Expedicionaria Aliada, estuviera a salvo, pero todo podía pasar. Los últimos años le habían enseñado una amarga lección sobre lo frágil que era la vida. Todos los que habían llegado al final de la guerra eran afortunados, pero eso no quería decir que estuvieran necesariamente a salvo.

Allí en el frondoso Essex era sencillo imaginarse al mundo entero bajando sus armas y disfrutando de una agradable taza de té, pero Alice había visto el caos que reinaba en Europa cuando su hermano Max y ella habían luchado por huir de Alemania a medida que el poder de los nazis aumentaba, y estaba segura de que las cosas serían bastante parecidas en aquel momento. Aquel conflicto despiadado y generalizado había desarraigado a mucha gente, y pasaría mucho tiempo antes de que volvieran al lugar que les correspondía. Algunos, demasiado exhaustos o heridos, nunca lo conseguirían. Alice rezaba cada día para que su Max estuviera a salvo en alguna parte, junto con su mujer y su hija, pero tras marcharse de Alemania no había vuelto a saber de ellos y cada mañana, cuando se despertaba, pensaba en lo que podía haberles pasado y se le desgarraban las entrañas.

—Tenemos que rezar para que vuestros padres vuelvan a casa sanos y salvos —dijo a la clase.

Varios niños se cogieron de la mano de inmediato y Alice se emocionó al verlo. A pesar de que ella era judía y la mayor parte de los niños cristianos, sin duda compartían el mismo dios en las alturas, un dios al que le complacería enormemente que su creación más sofisticada hubiera alcanzado por fin la paz. Todos habían oído los rumores sobre los campos con cámaras de gas y hornos crematorios; todos habían escuchado horrorizados el informe de Richard Dimbleby desde Belsen, pero seguía resultando imposible creer que fuera cierto que los nazis se hubieran dedicado a exterminar personas en masa.

Y que ella se hubiera salvado.

Alice había escapado de Alemania a finales del verano de 1939, subida en uno de los últimos barcos que habían zarpado del país

antes de que los nazis cerraran su puño de hierro sobre el continente. Abandonar su patria había sido desgarrador, y más aún que el mal la arrasara, pero no había tenido elección.

—Tenemos que marcharnos —había insistido su hermano—. Alemania ya no es segura para los judíos.

Habían pasado varios días en la embajada, suplicando un salvoconducto a Gran Bretaña, pero al final Alice fue la única que consiguió los papeles. En su calidad de cuidadora de niños, habían considerado que podía ser útil a los británicos, mientras que Max, su mujer Liliana y su hija de tres años Ruth-Gertrud eran únicamente una carga. El golpe había tenido un regusto amargo. Alice había cuidado toda su vida de Max, y él de ella. Y quería a su cuñada Lilli y a la pequeña Ruthie como si fueran de su sangre.

—Tenemos que permanecer juntos —había insistido.

Pero Max había negado con la cabeza y había dicho:

—Tenemos que permanecer vivos, Alice.

El funcionario de inmigración les había asegurado que, una vez que Alice se hubiera instalado en Inglaterra, tendrían más posibilidades de que aceptaran su petición para reunirse con ella, así que al final Alice había accedido a marcharse para salvarlos a todos.

No lo había conseguido.

En cuanto puso el pie en los muelles de Southampton, un policía la había recibido con un educado: «Señora, ¿puede acompañarme, por favor?». Enseguida se había hecho evidente que las autoridades británicas estaban menos dispuestas a aceptar a ciudadanos alemanes, judíos o no, de lo que las autoridades alemanas estaban a deshacerse de ellos. Con una educada pero firme disculpa, habían nombrado a Alice «enemiga extranjera» y la habían trasladado a un campo de internamiento en la isla de Man. Aunque en la hermosa isla gozaba de relativa libertad, sus movimientos se habían visto restringidos y, más importante aún, no había podido conseguir autorización para que Max y su familia se reunieran con ella.

Al pensar en su inteligente y afectuoso hermano, Alice tragó saliva. No cabía duda de que sus padres habían sido buenas

personas, pero, siendo profesores universitarios, habían mantenido una relación bastante formal con sus hijos. Max era quien le había enseñado lo que era el verdadero cariño y era con él con quien había disfrutado de una infancia feliz llena de aventuras imaginarias. ¿Dónde estaría su hermano en aquel momento? ¿Habría logrado sobrevivir a la más espantosa de las aventuras reales? ¿Y Lilli? ¿O la pequeña Ruthie? Si su sobrina lo había logrado, ahora tendría casi nueve años. Aunque se moría de ganas de verla, Alice tenía un miedo constante a que su encuentro no se produjera jamás.

—Tú haz todo lo que puedas —le había dicho Max, antes de besarla en las mejillas mientras el tren dejaba escapar vapor a su espalda—. Y si no funciona, al menos uno de los dos habrá conseguido escapar.

Bien, Alice había hecho todo lo posible, pero no había bastado. Ni siquiera después de ser puesta en libertad gracias a Anna Freud, hija del famoso psicólogo Sigmund Freud, que se estaba labrando un nombre por sí misma en el campo de la psicología infantil. Mientras buscaba familiares en la isla de Man, Anna había oído hablar de la guardería que había abierto Alice en el campo, y le había pedido al Parlamento que la dejara en libertad para que la ayudara en las guarderías de guerra de Hampstead.

Alice le estaría eternamente agradecida a Anna por ello, además de que le encantaba su trabajo como directora de New Barn, en Essex, para niños cuyos padres estaban en el frente u ocupados con trabajos vitales; sin embargo, no había servido para ayudar a Max. Cuando por fin la habían dejado salir de la isla de Man, Alemania había cerrado sus fronteras y solo gracias a la carta de un amigo de la familia se había enterado de que su hermano y su familia habían acabado en el gueto de Theresienstadt. Desde entonces no había sabido nada de ellos, y rezaba por que siguieran allí, por que siguieran con vida, y por que Max, igual que el padre de Charlie, encontrara de alguna manera el camino de regreso a casa.

—«Prácticamente el mundo entero se ha unido en contra de

nuestros infames enemigos, que ahora se prostran ante nosotros» —atronó la voz de Churchill por la radio.

Alice dedicó una mirada de incertidumbre a su amiga Sophie Wutsch, la sonriente y afectuosa cocinera de New Barn, que tenía un talento único para transformar los ingredientes más humildes en un manjar regio, por lo general con la «ayuda» entusiasta de varios niños.

—¿Lo has oído, Sophie? —dijo Alice—. Churchill ha llamado «infames» a los alemanes.

—Churchill ha llamado «infames» a los nazis —la corrigió su amiga—. Si alguien entiende la diferencia somos nosotras; por eso huimos.

—Yo sigo siendo alemana, y tú, austríaca.

—Por nacimiento, no por elección. Tan solo somos personas, igual que los demás; ciudadanas del mundo.

Alice suspiró. Para Sophie, una rubia alegre con una sonrisa radiante y un carácter relajado, era fácil decir eso. Allí adonde fuera, todo el mundo la aceptaba, mientras que Alice era menuda, de pelo oscuro y arisca con los desconocidos.

—Díselo a cualquiera que oiga nuestro acento —refunfuñó.

A lo largo de la guerra había sido objeto de miradas desconfiadas siempre que la gente se percataba de su acento alemán en tiendas o medios de transporte. Tal vez fuera uno de los motivos por los que le gustaba trabajar con niños: a ellos no les importaba su aspecto o su acento, siempre que les diera amor y atención.

—¡Pues esfuérzate con el inglés! —Sophie se rio—. Deja de lamentarte, y vamos a llevarnos a los pequeños a celebrar. ¿Quién quiere helado, niños?

Tras recibir un previsible rugido de aprobación como respuesta, Alice se levantó de la silla entre risas y apagó la radio, obligándose a acallar su recelo por la voz inalterable de Churchill. Sophie tenía razón: la guerra había llegado a su fin y era momento de ser feliz. Cogió de la mano a dos de sus alumnos más pequeños y se dejó llevar fuera de New Barn hasta la calle a ritmo de baile.

Lindsell era un típico pueblecito inglés y, de una manera típi-

camente inglesa, los vecinos se estaban reuniendo en el campo de críquet, de un verde imposible. Las eficientes amas de casa disponían las teteras y hacían aparecer tartas que solo Dios sabía de dónde habían salido. Alguien había desenterrado unas banderitas para enrollarlas alrededor de las cuerdas que protegían los preciados palos, y varios hombres mayores traían jarras de cerveza con espuma del bar cercano. Otros dos interpretaban una canción con una guitarra y el violín, y una joven con un busto prominente se puso a cantar una melodía sobre los azulejos que volaban sobre los acantilados de Dover; recibió una salva de aplausos. Al ver al tendero salir de su colmado con el carrito de los helados, los niños dejaron escapar gritos de alegría y Sophie metió la mano en el bolso.

—Va a costar una fortuna —siseó Alice, mientras sus veinte alumnos se arremolinaban alrededor del carrito, entusiasmados.

—¿Y? La guerra ha terminado, Alice; ¡suéltate el pelo!

Tenía razón, por supuesto, y Alice se obligó a aceptar un helado de vainilla del sonriente tendero.

—Hoy a mitad de precio —le dijo el hombre a Sophie—. ¡Gracias a Churchill!

Sophie le dedicó a Alice una sonrisa de oreja a oreja, que esta se vio forzada a devolver. Lo cierto era que el helado estaba delicioso y el sol brillaba en el cielo, así que, mientras los niños se sentaban a su alrededor con su premio, Alice se permitió por fin relajarse. Se había acabado. ¡La guerra se había acabado!

Los músicos se pusieron a bailar una giga y ella notó cómo el ritmo se le metía en los huesos. A sus cuarenta y siete años, era posible que sus movimientos estuvieran un poco oxidados, pero la música siempre le había encantado y ahora la llamaba con un júbilo sencillo y claro. Había aprendido a tocar el piano desde muy pequeña y, cuando trabajó en una guardería berlinesa para niños necesitados durante los difíciles años veinte, había descubierto que era una de las pocas cosas que animaban a todo el mundo. Pero en 1933, tras el ascenso al poder de los nazis, la habían descalificado para ejercer su trabajo basándose en su «sangre impura». Se había

visto forzada a aceptar un trabajo menos estable, ayudando a los niños de la comunidad judía, y el piano se había acabado.

Lo echaba tanto de menos que había empezado a tocar la armónica, y Max le había comprado una pequeña y preciosa por su cuarenta cumpleaños, en 1938. En ese momento la llevaba en su bolsillo, pero, como era demasiado tímida para tocar con aquellos músicos ingleses, se contentó con dar palmadas al compás con el resto. Cuando Charlie, con sus ocho años, se puso de pie y le ofreció la mano como un caballero que le doblara la edad, Alice se la cogió encantada y se dejó llevar a un baile improvisado. La guerra había acabado, estaba viva y también estaban vivos los adorables niños que tenía a su cargo; si eso no se merecía una giga, no sabía qué la merecía.

Más tarde, mientras el sol se ponía, Alice y Sophie llevaron a los agotados niños de vuelta a New Barn para que se tomaran un chocolate caliente y unos *scones* antes de acostarse. Según los turnos que tenían establecidos, era la hora del baño para los niños de siete y ocho años, pero se había hecho tarde y se conformaron con frotarse de prisa con la manopla.

—Ojalá fuera el día de la Victoria cada día —le dijo una niña llamada Doris a Alice, mientras se frotaba despreocupada y con poco éxito las rodillas manchadas por la hierba.

—Al menos ahora, cada día es un día de paz —le dijo Alice, que ignoró la piel verde y la arropó en la cama antes de que la pequeña se quedara dormida allí de pie.

—Yo no me acuerdo de la paz —comentó Doris, soñolienta, antes de que se le cerraran los ojos con el pulgar en la boca.

Alice se la quedó mirando mientras reflexionaba sobre sus palabras. Era espantoso que una generación entera de niños hubiera crecido conociendo únicamente la guerra, las bombas, las separaciones y los telegramas con los bordes negros. Cayó en la cuenta de que Doris tenía más o menos la misma edad que su sobrina Ruth-Gertrud. ¿Cómo habrían sido los últimos cinco años de Ruthie? Alice se estremeció y, tras darle un beso en la frente

a la niña, se dirigió a la cocina para comerse su merecida cena. Por el camino, echó un vistazo instintivo al espejo del pasillo y enseguida deseó no haberlo hecho. Con todo el baile, el moño canoso se le había deshecho y las mejillas se le habían llenado de manchas de un rojo poco favorecedor. Su aspecto reflejaba lo que era: una solterona que se acercaba demasiado deprisa a los cincuenta, y a la que las privaciones de la guerra habían dejado aún más demacrada y desaliñada.

—¿Y qué? —le dijo a su reflejo—. No estás aquí para estar guapa, sino para cuidar de los niños.

Además, tampoco es que a Sophie le importara, así que se dirigió a la cocina con su aspecto descuidado.

—¡Alice!

Oskar Friedmann, uno de los principales psicólogos de las guarderías de guerra de Hampstead, se levantó de un salto y, tras cogerle la mano, se la besó con gesto ostentoso. Alice notó cómo se sonrojaba.

—¡Oskar! ¿Qué demonios haces aquí?

—¡Alice! —la riñó Sophie desde los fogones.

—Lo siento. Quiero decir que es un placer verte, pero creía que estarías celebrando en Londres con tu... Bueno, con tu familia.

—Y ahí estaba —confirmó Oskar enseguida, al tiempo que retiraba una silla para ella—. Pero luego he pensado en pasar por aquí para ver cómo va todo. Dice Sophie que me he perdido a los niños por poco.

—Pobrecillos, estaban agotados. Se han pasado la tarde jugando en el campo de críquet.

—Como debe ser, como debe ser. Seguro que tú también estás cansada.

—No más de lo habitual.

—Las dos trabajáis muy duro.

Oskar les dedicó una sonrisa radiante. Alice sospechaba que la celebración debía de haber sido de las buenas, porque su cálida voz sonaba más alta de lo normal y su atlético cuerpo parecía menos coordinado.

—¿Has venido en coche, Oskar?

—Sí. El viaje ha sido estupendo. Hay gente celebrando en todos los pueblos.

—A lo mejor deberías quedarte a dormir. —Él arqueó una ceja y Alice notó que volvía a sonrojarse—. En la habitación de invitados —se apresuró a añadir—. Seguro que tú también estás... cansado.

Madre mía, se estaba haciendo un lío. Los hombres nunca se le habían dado bien; había algo en su desbordante seguridad en sí mismos que hacía mella en la de ella de manera instantánea.

—Pues mira —dijo Oskar—, igual es una buena idea, porque he traído un regalito.

Metió la mano en una bolsa y sacó una botella.

—¡Tachán!

Sophie se la arrebató con entusiasmo.

—¿Es champán?

—Vaya si lo es.

—¡Viva! Voy a buscar copas.

—Para mí no hace falta —dijo Alice.

—¡Hemos ganado la guerra, Alice! —exclamó Oskar—. Tienes que beber champán.

—Normalmente no bebo alcohol.

—Pero esta situación no es normal, ¿verdad? ¡Hemos ganado la guerra!

Alice tragó saliva.

—Somos alemanes, Oskar, así que técnicamente hemos perdido la guerra.

—¡Por el amor de Dios! Como judíos, Alice, no cabe duda de que hemos ganado. Hoy nuestro pueblo se ha liberado de la opresión más horrible de la historia moderna. Todavía desconocemos su alcance, pero estoy seguro de que vamos a recibir malas noticias. Si los nazis hubieran ganado, Alice, habrían dado caza hasta al último de nosotros, tú y yo incluidos, así que, por favor, bébete una copa de champán y disfruta de este día histórico.

Sophie dedicó a Alice una mirada de complicidad y esta dejó escapar un gruñido, molesta con su propia prudencia.

—Muy bien. Los dos tenéis razón. Gracias.

Alargó la copa y, mientras Oskar descorchaba la botella con gesto exuberante, se rio con Sophie e hizo un esfuerzo para no mirar dónde impactaba el corcho en el techo. Teniendo en cuenta la devastación que había arrasado Europa durante los últimos cinco años, una marca de corcho era una nimiedad.

—Por la victoria —brindó Oskar, y los tres levantaron las copas y las entrechocaron.

—¡Por la victoria!

Alice dio un sorbo con cautela y, madre mía, qué bueno estaba. Era delicado y suave, con un toque de vainilla, y las burbujas cosquillearon de una manera deliciosa sobre su lengua. Dio otro sorbo.

—¿Te gusta? —preguntó Oskar.

—Mucho —confirmó ella—. Gracias, Oskar.

—Te lo mereces, Alice. Y tú también, Sophie. Todo el mundo es consciente de la felicidad y estabilidad que les habéis dado a estos niños.

—Gracias, Oskar —repitió Alice, que no sabía dónde meterse.

El psicólogo estaba muy cerca de ella y agitaba su copa de champán con tanta pasión que le estaban cayendo gotas en la falda. No es que le importara mucho —la falda era un trapo raído—, pero le daba pena malgastar una bebida tan deliciosa.

—Salud —dijo con una sonrisa.

—Salud —contestó él y, por suerte, le dio un trago largo a la bebida hasta dejar el nivel de la copa en un nivel más seguro—. ¡Por las guarderías de guerra de Hampstead!

Alice sonrió y bebió más champán. Las burbujas no le hacían cosquillas solo en la lengua, sino también dentro de la cabeza. Era una sensación de lo más placentera.

—Me encanta New Barn —confesó.

—Bien, bien. Me alegro de oírlo, aunque supongo que la pregunta es: ¿qué viene a continuación?

Alice se quedó petrificada, con la copa a medio camino de su boca.

—¿Disculpa?

—Bueno, las de Hampstead son guarderías de guerra. Ahora que la guerra ha acabado, ya no harán falta. Tardarán uno o dos meses, pero acabarán desmantelándolas. Así que... ¿qué viene a continuación?

Alice miró a Sophie, pero esta también se había quedado petrificada y su habitual sonrisa deslumbrante se le había borrado de la cara.

—No estoy segura —balbuceó Alice—. Supongo... supongo que tendré que irme a casa.

—¿Y dónde está tu casa? —quiso saber Oskar.

Era una buena pregunta. En su día había estado en Berlín, pero Dios sabía en qué estado se encontraba aquella pobre ciudad, o si todavía quedaba gente viva en ella. Alice pensó en Max y se le encogió el corazón. Sus padres estaban muertos y su única tía, también; si Max, Lilli y Ruthie no habían sobrevivido, ¿qué sentido tenía la vida?

—Dónde está mi casa —repitió en voz baja al tiempo que dejaba la copa—. Me temo que no lo sé.